TRILOGÍA ESENCIA

1

VERÓNICA RAMÍREZ HERMOSO

ESENCIA OCULTA

CAPÍTULO 2

Sospechas

ÓLIVER

A veces, un don puede convertirse a largo plazo en una condena. Desearía no tener esta habilidad: tampoco tendría un dilema de este calibre. Prometí mantenerme alejado y no descubrir la verdad, salvo que no quedara más remedio. El problema es que la situación se ha complicado y voy a tener que abrir la caja de Pandora.

Hace seis años, un incidente precipitó mi vuelta del extranjero a la tierra que me vio crecer. Me marché para mantenerme ajeno a su historia y respetar sus deseos de llevar una vida corriente, pero la misión me obligó a retomar mi trabajo en los laboratorios y a conseguir una plaza como profesor en la Universidad de La Laguna. Tenía que comenzar un acercamiento e ir allanando el terreno.

Todo lo que hago es con un fin. Espero que, llegado el momento y si las cosas no salen como queremos, me pueda perdonar y, sobre todo, entenderme.

Estamos en marzo y la situación es insostenible: el coronavirus se cobra muchas vidas y, aunque el pánico se apodera de los ánimos, aún hay esperanza. Ofrezco mi laboratorio, equipado con las últimas tecnologías,

para ayudar a buscar la cura de esta terrible enfermedad. Uno de nuestros fuertes es la preparación de antígenos, lo que nos facilita la tarea. Todos debemos luchar al máximo para erradicarla o no solo serán vidas humanas lo que esté en juego, sino nuestra propia existencia.

Cuando me confirman desde las altas esferas que participamos en el desarrollo de una de las posibles vacunas, selecciono minuciosamente al que quiero que sea mi equipo; por supuesto, ella no puede faltar. Después de varios días, de muchas reuniones a través de videollamadas, contacto con mis jefas de equipos, Noelia y Beatriz, para que me ayuden a liderar los distintos grupos que participarán en el proyecto. Tras una semana estresante, les encargo que avisen al personal, excepto a ella, es a la única que llamo yo.

El teléfono da varios tonos antes de que suene su voz:

—¡Hola, Óliver! ¡Qué sorpresa tu llamada! —contesta jovial.

—Espero que, por lo menos, sea agradable —digo informal.

—Oh, claro, me encanta recibir llamadas de mi… jefe —responde ella.

Y a mí me encanta que pueda tomarse la libertad de bromear.

—No vas desencaminada, porque te llamo para hablarte de un proyecto muy importante, en el que me gustaría que participases, aunque tiene sus riesgos y sacrificios, ya te lo advierto —le explico con franqueza.

—Vaya, cuéntame, ahora me tienes intrigada.

Sabía que se interesaría.

Le explico en qué consiste el trabajo. Aunque ella está familiarizada con la ejecución de la réplica de las vacunas, la fabricación de una nueva es un proceso más complejo, con varias etapas. Hay que cumplir los máximos estándares de calidad y seguridad, lo que conlleva tener un entorno en estrictas condiciones de asepsia y en el que los controles sean permanentes para garantizar la excelencia de las materias primas y de los equipos, procedimientos y productos finales.

Más del 70 % del tiempo de elaboración se invierte en inspecciones y comprobaciones específicas: análisis de pureza y microbiológico, eficacia e inocuidad. En un proceso largo y tedioso.

Sé que le supondrá un sacrificio enorme, ya que tendrá que abandonar a su familia y ni siquiera podrá volver a casa cada noche. Además,

estará expuesta y, aunque tomemos todas las precauciones, no estaremos exentos de riesgo. Les facilitaré alojamiento en unos estudios situados en el mismo edificio del laboratorio, así como todo lo necesario para vivir el tiempo que nos lleve descubrir la maldita cura.

En cuanto termino de explicárselo, no se lo piensa ni un minuto: quiere ayudar. No me sorprende su reacción. Ella es así: siempre está dispuesta a todo. Espero poderla proteger llegado el momento, aunque la misión es lo primero.

Quedamos que, en cuanto se lo comunique a su familia y se prepare, la paso a recoger. No le he ofrecido a nadie más este servicio. Les he enviado un permiso de circulación por si les para la policía, pero con ella es diferente: necesito tenerla un rato para mí.

Después de hora y media recibo un mensaje suyo: me avisa de que ya está lista y me envía un enlace de su ubicación. Como si yo no supiera dónde vive. Termino de mandar algunos *e-mails* y bajo al garaje para montarme en el Cayenne negro.

Tardo diez minutos en llegar. Reconozco que he acelerado y que he ido demasiado rápido, pero una de las cosas buenas del confinamiento es que apenas hay tráfico. Cuando llego a la vivienda, la aviso. En pocos minutos sale con su maleta a cuestas, una mochila al hombro y una camiseta blanca con una frase que dice «No soy rara, soy edición limitada», que me hace sonreír; además, unos vaqueros ceñidos, unas All Star azules y el pelo suelto con los rizos castaños alborotados. Está preciosa. Con un gesto, saludo a su familia que la abraza con ganas y me mira con recelo. No se les ve muy felices y no les culpo: deben odiarme por arrebatársela. Algún día lo entenderán.

De camino al laboratorio, charlamos de temas triviales. Advierto que está muy nerviosa y es comprensible, entre lo que nos jugamos intentando encontrar la cura y perder el contacto directo con su familia… En cuanto aparcamos, y en un acto egoísta, aunque necesario, le cojo la mano con la intención de transmitirle tranquilidad y romper barreras. Necesito acercarme más a ella, crear intimidad. Me inquieta su reacción. Sé bien que el gesto no se aconseja por los contagios. Sin embargo, lo acepta con naturalidad y me lo devuelve. Primer objetivo cumplido.

El resto del equipo está ya en el *hall* del edificio. Los grupos ya es-

tán definidos y separados, tal como obligan los protocolos. El mío lo forman Elisa, Natalia, Antonio, Carla y Jorge, que junto con Sara y yo mismo, seremos los encargados de la primera fase del proceso. Solo yo sé que mi misión va más allá de eso.

Las otras dos partidas supervisadas por Noelia y Beatriz, con personal investigador seleccionado de lo mejor del país, se han puesto a recorrer los lugares donde pasarán los próximos meses.

Tras un pequeño discurso de agradecimiento y bienvenida, les explico la rutina y comienzo el *tour* por las instalaciones: subimos a las plantas 29.ª, 30.ª y 31.ª, su nuevo hogar. Hay diez estudios por planta, con habitación, baño y pequeño salón. Se instalarán por parejas. En la planta superior, que cuenta con un comedor amplio, sala de descanso y gimnasio comunitario, tendrán que hacer turnos para no coincidir todos a la vez. Son normas fundamentales y se tienen que cumplir a rajatabla. Estas tres plantas están situadas entre los laboratorios y el ático en el que vivo.

Los alimentos serán manipulados por un grupo de cocineros preparados y la limpieza estará a cargo de un equipo profesional. Ellos se centrarán solo en el trabajo que tienen que llevar a cabo.

Una vez que me faciliten la lista de preferencias e intolerancias, se prepararán los menús más adecuados para lograr un alto rendimiento.

La distribución en los estudios lo decidirán ellos siempre que se atengan a dos normas: no pueden ser más de dos personas por estudio y, una vez hechas las parejas, no podrán modificarse. Las únicas que tendrán habitaciones individuales son Noelia y Beatriz, cuya responsabilidad exige privacidad y tranquilidad.

La jornada comienza a la mañana siguiente. Les dejo acomodarse y familiarizándose con el entorno. Les autorizo a hacer una cena con todo el equipo que trabajará los meses siguientes: es una buena manera de que se conozcan; eso sí, manteniendo las distancias. Soy muy estricto en hacer que se cumpla la normativa y no pienso abrir la puerta a bajas innecesarias. Me invitan a la cena. No acostumbro a confraternizar con el personal, pero necesito recabar información, levantar los ánimos y acelerar el acercamiento. En un ambiente distendido puedo lograrlo de forma más eficaz.

Durante la cena charlamos de cosas banales hasta que surge un tema

muy interesante. La preocupación de si el virus pueda exterminar a la humanidad los lleva a cuestionar la propia existencia, de dónde venimos, qué sentido tiene todo esto, por qué es, cómo es, etc.

—A pesar de ser biólogo, tengo creencias religiosas. Dios está cansado de que no sepamos valorar lo que tenemos, lo que nos dio cuando nos creó. Juraría que nos ha enviado este virus para que recapacitemos —comenta Jorge.

—Me sorprende que siendo científico creas en la existencia de un ser celestial. No me cuadra, pero lo respeto, claro. Lo habitual en nuestro gremio es que necesitemos demostrarlo prácticamente todo. —Hace una pausa y continúa diciendo—: Yo creo que venimos del polvo y que en polvo nos convertiremos —añade Natalia.

—A mí, si me echan unos cuantos de esos, me conformo —dice Antonio riendo, lo que provoca una carcajada general. Tiene un sentido del humor admirable, por más que los ánimos no estén para muchas risas. El caso es que consigue relajar el ambiente.

—Yo estoy más con la teoría de la conspiración. China quiere conquistar el mundo y ha creado este virus. Esta cepa está creada, manipulada por el hombre —explica Carla—. Nunca se ha visto un virus que resista cualquier clima. ¿Cómo es posible que esté afectando a todo el planeta, si estamos en distintas estaciones y temperaturas? —La pregunta genera un silencio significativo.

—¿Y si solo fuéramos energía que ni nace ni se destruye, sino que solo se transforma y adopta distintas formas, según su naturaleza? —apunto, refiriéndome al origen de la vida. Se vuelve a hacer un silencio, pero es algo más incómodo; no sé si es porque no esperaban mi participación en la conversación o por lo que he dicho.

—¿Algo como el *big bang*? Interesante teoría, jefe, pero si la energía no se destruye, las teorías del fin de la humanidad no tendrían cabida en esta idea —interviene Elisa muy pensativa.

—Entonces, si no se destruye, ¿estás diciendo que crees en la reencarnación? —me pregunta Natalia arrugando el entrecejo.

—No exactamente, no soy religioso, pero se asemeja en algo a ese pensamiento.

Cuando me dispongo a ampliar mi respuesta, Beatriz me interrumpe:

—Yo estoy con Óliver. Somos pura energía y, como científicos,

contemplar otra posibilidad no tiene sentido —dice mirando a Jorge con las cejas levantadas.

Beatriz es una mujer espectacular a todos los niveles, una belleza italiana a lo Sophia Loren y una carrera profesional intachable; la envidia de muchas mujeres y una condena para muchos hombres. Cuando la conocí, me atrajo, pero con el tiempo me di cuenta de que no era lo que esperaba. La empatía y la tolerancia no son sus fuertes, algo que para mí es fundamental en una pareja.

—Nos estamos poniendo algo transcendentales —interrumpe Antonio, que me mira sin parpadear—. Yo me sigo quedando con los polvos y, si alguno me mata, ¡pues qué muerte más placentera y más divertida, señores! —dice acompañándolo de movimientos rítmicos inapropiados, que hace que todos vuelvan a reír.

—Antonio, lo tuyo no tiene remedio —dice Noelia, mi segunda de a bordo, mi confidente y mi mejor amiga.

—Si no me gustaran tanto los hombres, me lo podrías solucionar tú en un momento —bromea Antonio.

Me pongo serio, no voy a permitir faltas de respeto y menos a mis jefas, pero todos se lo toman con mucho humor y lo dejo correr.

La conversación se aparca y yo pierdo la oportunidad de avanzar.

Poco a poco, van abandonando la estancia y retirándose a sus respectivas habitaciones. Están exhaustos, nerviosos. Mañana comienza la rutina y el trabajo requiere de unas mentes claras y despejadas. Tienen que descansar.

Cuando me quedo solo, cojo mi móvil y llamo, asegurándome primero de que no quede nadie por los alrededores:

—¡Hola! ¿Cómo va todo? —escucho la respuesta y añado—. No, no me puedo dejar de formalismos, soy un tipo educado —me rio— y, además, todo está en marcha, pero tengo que ir con calma o se asustará y no lograremos nada —explico en tono cansado—. Sí, por descontado, les mantendré informadas, no hay por qué preocuparse; Sara sabrá la verdad en el momento adecuado. Es primordial que no adelantemos acontecimientos. —De pronto, oigo un estruendo a mi espalda, me giro y veo en la sala a Natalia que me saluda con gesto tímido y recoge su móvil del suelo. Cuelgo de inmediato y solo acierto a decir—: ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Lo suficiente —contesta en tono desafiante—. Óliver, eres mi jefe y, por ese lado, soy una profesional y te respeto mucho. Pero Sara es como mi hermana… —Me mira como si no fuéramos los mismos de siempre—. No sé qué te traes entre manos y no quiero saberlo, pero a ella déjala al margen; no necesita que le compliquen la vida —me advierte.

—¿Disculpa? Te estás equivocando, Natalia. Creo que has malinterpretado lo que has oído, y, por otro lado, ¿no te enseñaron a no escuchar conversaciones ajenas? —le contesto a la defensiva.

—Sinceramente, me importa una mierda tu conversación. Solo te digo que no te acerques a ella. No necesita ni más sufrimiento, ni más complicaciones. —Su tono es cada vez más hostil.

—Sin faltar, Natalia —le aviso—, que te estás metiendo donde no te llaman. Lo que me pueda acercar a ella no es cosa tuya. —Esta discusión está fuera de lugar, no quiero arrepentirme de haberla seleccionado en la primera noche, pero no me lo está poniendo fácil.

—Tienes razón, te pido disculpas por las formas. —Se gira y se vuelve—. ¡Ah! Y estate tranquilo, que ya me encargaré de que te tenga bien lejos en lo personal. Te lo he dicho: somos profesionales, te respetamos y agradecemos la oportunidad que nos estás brindando. Más allá de eso, no tenemos que rendirte cuentas. — y sale como impulsada por un resorte.

¡Mierda! ¿Cómo soy tan estúpido de mantener una conversación así en una zona común? El agotamiento me está afectando.

Me retiro a mi piso. He sido un estúpido.

Tengo que desechar cualquier sentimiento que no sea útil para el proyecto. Doy vueltas por el salón. Pienso en una ducha, pero estoy demasiado alterado. Voy al dormitorio, me quito la ropa y me pongo una camiseta y un pantalón deportivo. Entro en el gimnasio; necesito liberarme de la frustración generada por la discusión. Patear al muñeco de boxeo me ayudará a calmarme. Eso creía, pero una hora después no estoy mucho mejor. Me doy una ducha rápida, contesto algunos *e-mails* y les mando un mensaje excusándome por haber colgado tan brusco. Les digo que alguien entró y pongo buen cuidado en omitir el altercado con Natalia. Solo me hace falta un sermón a estas horas de la noche.

Me voy a la cama. Me esperan unas semanas duras, he bajado la guardia y he metido la pata. Pero sé cómo arreglarlo. Eso creo.

Mis pensamientos vuelven a ella, Sara, tan ingenua e indiferente a lo que está por llegar, pero no me queda otra: tendré que informarla en el momento adecuado. ¡Dios!, ¡¿y cuándo es el momento adecuado?! Solo tengo claro que la voy a proteger, cueste lo que cueste.

Apago la luz, doy mil vueltas a la cabeza y me revuelvo en la cama. Repaso todos y cada uno de los puntos. Me repito como un mantra que necesitamos esa cura y que la necesitamos cuanto antes.

Me duermo más por agotamiento que por deseo. Y sueño con ella.

A la mañana siguiente, todo evoluciona según lo previsto en el programa. Comenzamos con la etapa de exploración, identificando antígenos naturales o sintéticos que pueden ayudar a prevenir o tratar la cepa del coronavirus. Los equipos irán rotando y serán supervisados por sus respectivos jefes.

El primer turno lo hago con Natalia y Sara. Trabajamos sin descanso y bien protegidos. Desde el incidente de anoche, se palpa la tensión entre Natalia y yo. Tengo que ganármela de nuevo o va a obstaculizar mi trabajo. Sara percibe que ocurre algo entre nosotros, aunque no lo dice. Espero que este trabajo despierte algo en ella que nos ayude a avanzar.

Desde las altas esferas, exigen resultados inmediatos: la gente sigue muriendo y la preocupación por no conseguir contener esta cepa va en aumento.

De todos modos, por mucho que quiera acelerar el proceso, no puedo, no es sencillo coordinar el trabajo de nuestra tapadera. Tengo a mi cargo a una buena plantilla y los mejores investigadores, pero organizarlo todo lleva su tiempo.

Suena la alarma que indica el final de nuestro turno. Les indico que recojan las muestras y yo me entretengo colocando algunos tubos de ensayo. Me acerco a la sala de desinfección y ya han empezado. ¡Mierda! No puedo entrar. Natalia me mira con satisfacción. Dejarme fuera ha sido intencionado. Ha ganado esta batalla, pero no la guerra.

En los siguientes días, Natalia consigue mantener a Sara alejada de

mí. Y con lo ocupado que he estado, no me he esforzado mucho en estrechar lazos, pero ya me han dado un ultimátum. O avanzo o mandarán a alguien a hacer mi trabajo.

Me preocupa la escasez de los EPI. ¿Y si dejan de abastecernos?

—Deberías irte a descansar —me aconseja Noelia.

—Ya. —Sonrío de medio lado y ella pone los ojos en blanco.

—Si te quemas en la primera semana, no vas a aguantar mucho. —Se acerca y se acomoda en la silla de enfrente—. Tenemos mucho que hacer y un objetivo.

Es mi gran apoyo en esta misión.

—Lo sé.

—¿Has avanzado? —me pregunta—. ¿Por qué tengo la sensación de que estás atascado? No me habrás arrastrado contigo desde el extranjero para fracasar… Sabes que no me gusta dejar las cosas a medias.

—Su amiga me lo está complicando —le digo sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador y a la defensiva. Tiene razón, casi siempre la tiene, pero me molesta que me lo recuerde.

—¿Estás perdiendo facultades? Nunca has tenido problemas para que una mujer caiga rendida a tus pies —se mofa y yo la miro molesto.

—Para nada. ¿Quieres que te lo demuestre? —la desafío; y la miro de esa forma que sé que las intimida y las pone nerviosas.

—Amigo, no pierdas el tiempo. Conozco todas tus estratagemas y sabes de sobra que conmigo ya no funcionan.

Es la única persona que sabe humillarme sin que me enfade. La miro pensativo.

—No va de eso. Tengo demasiados frentes abiertos… y no… no he podido dedicarme a fondo.

—Óliver, para eso estoy aquí. Tienes que centrarte y avanzar. La burocracia es cosa mía —me recuerda.

Su tarea es que no me distraiga. El tiempo apremia. Solo espero que esto no nos estalle en la cara.

Aquí termina la muestra...

¿Quieres saber qué pasa después?



Esencia oculta · Libro 1 de la Trilogía Esencia

llamamelocaperoescribo.com

También en librerías de Canarias y en Amazon